



Erasmus Zarzuela

## Mi amigo El Duende

Fue mi tío Leopoldo quien por vez primera me habló de los duendes. Contaba que eran seres pequeñitos que vivían en las sombras, eran jorobados, el rostro lleno de mochos y arrugas, con una barba blanca que les llegaba más abajo de la cintura. Usaban botas terminadas en punta, como un par de cuernos contemplando a la luna, y un sombrero grande cubriéndoles la cara. Raros habitantes de la soledad y las noches, entretenidos en tareas singulares.

Édgar Zamora, hombre hábil para las artes pictóricas, me presentó en cuerpo y alma al Duende, al que yo buscaba con desesperación, y que hoy me visita confirmando mis recuerdos lejanos, diciéndome que para hacer cultura no hay necesidad de títulos, porque me han dicho que el papá de este Duende es ingeniero, y eso hace más increíble su existencia.

Puedo certificar como adicto a las letras impresas, que espero con angustia su próxima visita desde la tierra de los diablos y quirquinchos, para renovar mi alma, mi mente y mi conciencia. ¡Larga vida para El Duende!

Omar Velasco Higuera. Potosí.



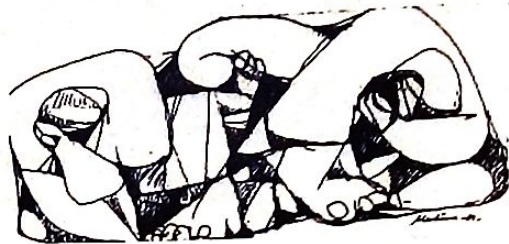
el duende  
 director: luis urquieta r.  
 consejo editor: alberto guerra g.  
 edwin guzmán o.  
 benjamin chávez c.  
 erasmus zarzuela c.  
 coordinación: julia garcía o.  
 diseño: david ángel illanes  
 casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
 e-mail: duendejulia@hotmail.com



Oruro S.A.

Zona Franca

## Los pacientes



Alberto Merlina

"Él me obliga y a mí no me nace. ¿Cómo me va a provocar a mis setenta años?", decía la mujer. "Porque una cosa es el amor y otra el sexo desahogado. Además, tener que hacer el amor sobre el mesón de la cocina es el colmo. No sólo tengo que aguantármelo encima mío como un animal fuera de control, soportar que me unte de semen... A propósito, doctora, ¿hasta qué edad siguen produciendo esperma los hombres? ¡Este ya va a cumplir ochenta y sigues como si fuera una lechería!... Buena, como le decía, no sólo tengo que soportar todo esto, sino que también me pide que lo excite. ¡No, no y no! ¡Me niego a ser objeto de este maniático sexual!"

Mientras la escuchaba, Epifanía se preguntó de dónde sacaría la anciana tanta energía para pelear las veinticuatro horas. El esposo permanecía en la silla contigua, cabizbajo, como un niño regañado y avergonzado, porque había quedado descubierto. Sólo se limitó a levantar los hombros y a expresar que él no tenía la culpa de ser libidinoso. La cita se dio por terminada y luego de algunas recomendaciones generales sobre el Viagra, los ancianos salieron por la puerta tomados de la mano. La guerra y la paz, segundo a segundo, durante toda una vida: ¿Tiene sentido?, se preguntó Epifanía, mientras hacía seguir al siguiente.

Ahora entraba doña Marcela, una señora robusta que sufría de depresión, a quien la palidez y la ojeras le delataban. El marido le había sido infiel durante años, con algunos momentos de tregua entre una amante y otra, pero reincidente hasta morir. Doña Marcela aún deshojaba margaritas y esperaba de manera persistente e irracional el milagro de la resurrección amorosa, o mejor, la rehabilitación. Tanto apego y humillación generaban en Epifanía un profundo rechazo, que obviamente trataba de disimular. En una ocasión intentó remitirla a un colega, pero doña Marcela se negó rotundamente a ser transferida. Esa vez le dijo en tono firme: "Ni lo piense, doctora, usted es la mujer más dulce y amable que he conocido. Usted me da fuerzas para seguir adelante, no pienso renunciar a su ayuda".

En realidad no era la primera vez que sus clientes manifestaban este tipo de adherencia. Pese a tener fama de dura, sincera y directa, paradójicamente mucha gente la buscaba por su "gran calidez humana"; su lista de espera se hallaba repleta de personas necesitadas de comprensión y amor.

Doña Marcela se fue muy agradecida y dijo que había sido una de las mejores citas, porque hoy, al fin, había comprendido la esencia del problema. Epifanía no recordó haber dicho nada distinto al repetitivo y sistemático: ¡Déjelo de una vez, que no le conviene!

Al finalizar la tarde llegó Gustavo. Era un hombre de baja estatura, manos pequeñas, audaz, prevenido, agrio y obsesivo. Era jefe del departamento de control de calidad de una empresa de ropa interior y el terror de los que trabajaban en la planta. Metódico, cruel, y exigente como pocos, podía echar del trabajo a un subalterno sin el menor asomo de lástima, o aplicar una sanción disciplinaria con la vehemencia y la convicción del más estricto inquisidor. Sin embargo, Gustavo tenía un terrible problema, un lunar en esa sólida imagen de hombre fuerte e inmovible: su esposa. El motivo de consulta era dramático: "Mi esposa me pega, doctora, me maltrata física y psicológicamente, reconozco que le tengo miedo y no sé qué hacer".

La señora nunca había querido asistir a las citas, pero por lo que contaba Gustavo era muy probable que ella disfrutara de su papel de "esposa verdugo". La verdadera razón del castigo era que la mujer quería tener un hijo y los espermatocitos de su marido eran pocos, lentos y tímidos. Mientras él hablaba, Epifanía se preguntó qué tan grande podría ser la temible mujer y recordó una escena de Charles Chaplin, en la que una gigantesca dama de sombrero lo zarandeaba como un fantoche. La imagen le resultó tan grotesca como Gustavo. Al terminar la cita, él empujó su limitada anatomía, le dio un beso en la mejilla y con lágrimas en los ojos le agradeció efusivamente: "No sabe de cuánto me ha servido su ayuda, usted es la única persona que confía en mí y me acepta como soy... Gracias, gracias". Epifanía asintió con la cabeza y despidió al hombre con una palmada. Ya a solas, sin testigos y mientras observaba la silla vacía al otro lado del escritorio, se quejó en voz alta de lo que parecía ser una karma: ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Por qué?

Luego, cuando se dirigió a su casa, en plena carretera y escuchando a Sabina cantar "Ponme un trago más", repasó los parmenores de los pacientes que había atendido en el día... Mientras la ciudad quedaba atrás, por primera vez en muchos años se sintió culpable.

Walter Riso. Colombia.  
 Escritor y especialista  
 en psicología clínica.